

NO HAY POR QUE EXTRAÑARSE

EDUARDO J. ORTIZ

Hace unos días la prensa ha traído la noticia de que Joao Bosco Penido Burnier, un jesuita brasileño de 58 años, murió de un balazo disparado en un cuartel de la policía. Se había acercado en compañía de su Obispo, Mons. Casaldáliga, a quejarse por las torturas a que habían sido sometidas dos mujeres de la familia de un indiciado político. Como respuesta recibió un disparo en la cabeza que lo mató.

Lo primero que se nos ocurre es comentar hasta qué punto tiene que estar corrompido el aparato represivo de un país, cuando un funcionario local se atreve a actuar de esta forma. Las autoridades iniciaron "una exhaustiva investigación". Pero todos sabemos lo que esto significa: tiempo para olvidar.

Sin embargo no es éste el aspecto que hoy queremos resaltar. Más que rasgarnos las vestiduras con lamentaciones inútiles quisiéramos afirmar todo lo contrario. Que no hay por qué extrañarse de que estas cosas ocurran. Para el cristiano son consecuencias desafortunadas pero inevitables de su misión. Quien se dedica a denunciar los abusos del Poder, no puede esperar que éste lo condecore.

Tal incidente nos trae a la memoria la reunión que el pasado mes de agosto tuvo el P. Arrupe en Los Teques con todos los Superiores Provinciales de América Latina. Como a su tiempo se indicó a la prensa, uno de los temas fundamentales de este encuentro consistió en analizar la aceptación e implementación que estaba recibiendo en los diversos países el Decreto IV de la Congregación General de los jesuitas, que tenía como tema "Nuestra misión hoy: servicio de la fe y promoción de la justicia" (El documento aparece completo en SIC No. 377 p. 329-336).

Ya en este decreto se afirmaba que "no trabajaremos en la promoción de la justicia sin que paguemos un precio" (n. 46). El mismo P. Arrupe explicitaba ante los Padres Congregados: "Cristo salvó al mundo con su cruz. Y la continuación de su obra no se ha de realizar sino en la prolongación de esa cruz. La superación de las grandes contradicciones de nuestro mundo, la liberación integral hoy del hombre, pasa, con Cristo, por la locura de la cruz" (Instrucción del 4 de diciembre, n. 13).

También los Provinciales latinoameri-

canos eran conscientes del problema. Ya en 1968 afirmaron en su divulgada Carta a los Jesuitas de América Latina (SIC n. 306, pp. 257-260): "Nuestro apostolado, inspirado en este espíritu realmente universal y evangélico, suscitará reacciones inevitables. No las provocaremos nosotros con actitudes partidistas, pero continuaremos en la predicación del evangelio de los pobres, cualesquiera que fueran estas reacciones" (Carta de Río N. 4).

En la Reunión de Los Teques uno de los trabajos consistió en exponer por escrito las dificultades que cada país vivía en sus esfuerzos por llevar adelante esa línea. Se dijo entre otras cosas: "Hay miedo de ser acusado de subversivo y comunista en el asumir la causa del oprimido injustamente". "Se dan enfrentamientos cada vez más frecuentes y más profundos con quienes muchas veces no logran distinguir la nueva orientación apostólica de tendencias contestatarias y rebeldes". "Dada la situación política, existe un cierto miedo y hasta imposibilidad de influir en las estructuras injustas. Es difícil encontrar el modo de actuar". "En el trabajo con los campesinos fácilmente se nos interpreta como favorecedores del comunismo".

Para confirmar estos temores una revista venezolana acusaba por aquellos días a algunos jesuitas de ser "compañeros de viaje de intentos de establecer totalitarismos de naturaleza marxista", de constituir "uno de los factores deformantes de esa paranoia co-

lectiva que desembocó en la tragedia de Allende", de ejercer "considerable influencia en la línea de conducta del gobierno de Velasco Alvarado, que ha llevado al Perú a la ruina más absoluta", de estar "seriamente comprometidos en una línea de consolidación y conquista de posiciones promarxistas", Naturalmente, la confirmación evidente de todo esto la ofrecerían en Venezuela el Centro Gumilla y la Revista SIC "cuyas características ideológicas no ofrecen la menor duda" (Resumen, No. 145, pp. 2-4).

El P. Arrupe recogió estas inquietudes en las palabras con las que cerró en Los Teques la discusión sobre el tema: "Tenemos que ofrecer directrices claras de gobierno, vivir el evangelio y mantenernos en él. Consecuentemente estaremos dispuestos a defender a todo el que sufre por llevar a término estas directrices". Fiel a su palabra, respondía unos días más tarde a la pregunta de un periodista: "Los del Centro Gumilla son especialistas en diferentes campos que presentan con mucha claridad sus argumentos. No es un grupo que esté en contra de la Iglesia. Reconocemos su trabajo y lo valoramos" (El Nacional, 17 de agosto).

Claro que no es tampoco el momento de dramatizar. Aun en el Brasil un asesinato como el del P. Penido Burnier no ocurre todos los días. En Venezuela y otros países, aunque no muchos en este momento, existe campo abundante para trabajar por la promoción de los marginados sin necesidad de llegar a confrontaciones extremas. Además, a nadie le interesa embarcarse gratuitamente en un conflicto sin intentar antes otros caminos.

Pero las afirmaciones de los párrafos anteriores confluyen al menos en una interpretación más auténtica del significado cristiano de la cruz. No ha sido raro que en la historia se haya concebido su aceptación en términos radicalmente descontextuados y ahistóricos, inventando austeridades esotéricas al margen de las que surgen de un compromiso incondicional por los desposeídos. Para Jesús, la cruz fue consecuencia inevitable de su misión. Basta abrazar la predicación del evangelio hasta sus últimas consecuencias, para que se desate la persecución más o menos enguantada o descubierta. No hay que dar al hecho una prominencia teatral, pero tampoco es conveniente olvidarlo.

